

Tener al dolor como miembro solitario,
Intimo sol en el beso de sus labios.

Crear un resplandor en la batalla
Que sostiene el corazón en nuestras obras.

Pues que esta oculta fe que nos rodea
Como un ardiente sueño asoma el alma.

Pero es que a veces se olvida del sosiego
Y se duda de la voz de nuestra entraña.

Porque corriendo vamos a un ocaso.
Que nos hace llorar con nuestra propia lágrima.

MI ALMA

Mística luz de mi eterno destino:
Del pensil de tu voz de pregonera
Vibras en tu callada primavera
Silencio en flor tras mi recto camino.

En tu aurora anhelante te adivino
Como sereno paso en tal manera
De ver purificar la verdadera
Esperanza del fondo cristalino.

No más angustia, que mi amor desea
El más vivo retiro de la calma.
Luciente paz que todo lo alborea,

Humano amor de eternidad divina.
Y en su invisible unción celeste, mi alma
En éxtasis sagrado se reclina.

MARIO ANGEL MARRODAN

Crítica del "SENTIMIENTO TRAGICO DE LA VIDA EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS" de Don M. de Unamuno (1)

CRITICAR es juzgar y juzgar es determinar lo justo. Así, ya es posible acercarse un poco más a Unamuno, pero no para buscar en él puntos vulnerables por donde atacarle, pues si los tiene sabe de ellos guardarse muy a tiempo, sino para tratar de sentir y consentir en él, es decir, en lo que afirma y trata de demostrar, ya que, según él mismo, filosofa con el alma y con la carne y los huesos y con el cuerpo todo. Por eso, yo creo que se han equivocado todos cuantos han pretendido acercarse a Unamuno por la razón, a la que él tanto menosprecia en esta su obra—y hay aquí una contradicción, trágica de veras, del hombre que siente que la vida es irracional, contrarracional mejor, y tiene que recurrir a la razón si quiere hacernos saber cómo ella es.

Hay que acercarse a este atormentado tragicista con simpatía, con compasión, *cum-patior*, tratando de sentir y de vivir lo mismo que él, porque solo el sentimiento vital o la vida sentible nos puede aproximar y hasta identificar con él.

Y sin embargo, hemos de proceder por razonamientos lógicos, por eslabonamiento de ideas y de juicios es como hemos de llegar a ese consentimiento en él y por él, único camino viable para nosotros para comprender y ser comprendidos por los demás, a no ser que pretendamos llegar mediante una mística intuición, como éxtasis de comprensión y simpatía.

Y véase cómo, por el solo propósito de criticarle, de manifestar la crisis—al modo gracianesco—que me merece, que nos gana, ya se manifiesta en mí y se refleja esa peculiar manera suya de ser, de *existir*, con todo el valor que quiere darle de *vivir fuera de uno mismo*.

Y no cabe huir de él y con él enfrentarse, porque tan vital y supervital es ese su *ex-istir*, que se proyecta sobre los demás y vive en ellos y en ellos se inmortaliza, haciéndonos también inmortales para que él lo fuera, como quería.

Mi crítica, pues, va a ser «UN ENSAYO EN SYMPATHIA», procurando hacerlo «con mi vivir y sentir y con mi alma y mi carne y mis huesos y mi ser todo». Y no será posible, que yo piense lo mismo y las mismas ideas y voluntariedades tenga que él; porque no soy un *ens abstractum*, sino un hombre de carne y hueso que con ellos pienso, y teniendo otra composición química biótica distinta

(1) Trabajo premiado en el Concurso Literario del D. U. del S. E. U. de Salamanca.

de él, nuestras ideas y sentimientos, poco menos que reacciones humorales a juicio suyo, no pueden ser las mismas. Aparte que él nunca quiso hacer escuela. Y aquí he de señalar nuestra primera coincidencia, porque yo no quiero ni querré hacerme escolar. Yo quiero ser yo, y sólo yo, con orgulloso «Solipsiformismo» - término felizmente inventado por D. F. Maldonado para definir a Unamuno - que acaso nació en mí de la contemplación de la «soltería» de mis «cánabras peñas», resistiendo tenaces, una y otra vez, los embates del mar. Y no digo «yo sé quién soy», como nuestro señor don Quijote decía, aunque quería decir, según Unamuno, «yo sé quién quiero ser», porque lo mismo afirmo diciendo «yo sé quién no soy», o «quién no quiero ser». Y quiero no ser otro, y no quiero ser otro y hora es ya de adentrarme por las entrañas de Unamuno y anatomizar y ver sus entresijos todos y contar sus palpitaciones y ver si hay en mí armonía que con la suya concuerde, es decir, se haga del mismo corazón, del sentimiento mismo, tal como de mi vivir y de mi existir e insistir en él brote.

Cúmpleme por último, manifestar que estos ensayos, estas «crisis» han ido brotando en mí según leía su obra, sin consultas ni erudiciones previas. Tan sólo he leído sin hallar lo que a mi intento sirviese, los artículos de A. Iriarte y E. Guerrero, en «Razón y Fe», ag-sepbre., 1940 y mayo 1941.

Y ahora, lector, estáte atento, que va a comenzar el drama monológico, a las veces también «dialógico» de mi ensayo.

*
* *
*

Dice el señor Maldonado que este libro de Unamuno es el primer ensayo en español de una construcción filosófica con intención y finalidad de tal. Iriarte niega haya verdadero método filosófico en ella, pues no tiene aquel vigor lógico y aquella fijeza de principios que toda construcción mental exige, y lo prueba trayendo a escena las contradicciones del autor. Pero es que también cabe una filosofía de la contradicción. Y además Unamuno, no tuvo el propósito de crear filosofía. El sólo quiso remover a los demás con su inquietud, su trágica y atormentada duda. Alrededor de ella viven y se explican sus razonamientos todos, sus contradicciones. Su filosofar brota de su vida misma, de su inquietud; y como todo lo que es vital que de continuo fluye y pasa, así su pensamiento no es constante, no es fijo, sino variable, *in-fijo*, al compás del variar de su vida misma; y si esto nos recuerda el río heraclítico, también nos hace pensar que es uno y solo el cauce por donde el río pasa; y si uno no se baña en la misma agua dos veces, si en el mismo lecho por donde aquellas discurren y cambian. Variarán los sentimientos e ideas de Unamuno, cambiará de norte y hasta de sur su vida toda, y será el mismo Unamuno, siempre él mismo, lecho y cauce por donde fluyen, múltiples y cambiantes, sus sentimientos y voluntariedades, campo, siempre inmutable, de lucha de sus ideas y pensamientos.

Por esto, hay que correr y cambiar y variar con él y a su compás, con entrañas de simpatía, si algo queremos aprehender y aprender de él. Su filosofar es su vivir. ¿Y nos imaginamos la vida, tal como la sentimos vivir y la vivimos en nosotros mismos, encerrada y sujeta en los rígidos moldes de una construcción lógica, de una ordenación silogística de la vida toda? Tiene razón el señor Maldonado al afirmar, refiriéndose al soneto, a su rigidez lógica, que encierra y apresa el sentimiento, motivo de salvación para el poeta latino que, al aceptar esa sujeción, esa ordenación inflexible, humilla su corazón y su cabeza, «y aquél que se humillase será ensalzado»; y esto es aplicable a la vida toda. Pero yo prefiero la independencia del hombre del norte, que trata de romper los barrotes que la razón pone a su sentimiento, dice Unamuno, que la vida pone a su razón, digo yo. Y ¿cómo es que Unamuno, tan absolutamente independiente, se encierra voluntariamente en la cárcel de sus «Sonetos líricos» y San Juan de la Cruz no los escribió? Y es que el vuelo de la mística rompe con todas las trabas y barreras que al alma sujeten y detengan, para subir libre y feliz a ese Dios, en quien cree y quiere creer Unamuno. ¡Señor, ayudad su incredulidad, por si aún es tiempo de que se salve! Porque esta es su gran preocupación, más bien que la inmortalidad. ¿Ni qué nos interesa si dudamos de nuestra salvación? Y henos, ya, metidos en el meollo de todo el pensar y sentir de Unamuno, esa su ansia de inmortalidad, hambre de sobre-vivir, y acaso, temor de morir, de condenarse, o de no salvarse, mejor.

Del IV al X capítulo corre y se desarrolla esa duda, resuelta en tragedia, que quiere creer creando o crear creyendo. Somos, pues, sólo espectadores que piensan en alta voz lo que cada escena del drama que presencian les sugiere.

En los anteriores capítulos, Unamuno ha tratado de mostrar la invalidez de la razón, de la inteligencia para juzgar y sentenciar en este gran duelo entre la razón y la vida. Y comienza el capítulo VI: «Ni, pues, el anhelo vital de inmortalidad halla confirmación racional, ni tampoco la razón nos da aliciente y consuelo de vida y verdadera finalidad a ésta. Mas he aquí que en el fondo del abismo la desesperación sentimental y volitiva y el escepticismo racional frente a frente se abrazan como hermanos. Y va a ser de este abrazo, un abrazo trágico, es decir, entrañadamente amoroso, de donde va a brotar manantial de vida, de una vida seria y terrible.» Y más adelante: «Este escepticismo salvador de que ahora voy a hablaros... Es la duda, sí, pero es mucho más que la duda», que no es la filosófica de Descartes, «de estufa», la llama, sino «una duda de pasión, es el eterno conflicto entre la razón y el sentimiento, la ciencia y la vida, la lógica y la biótica.» ¿Así, con valor de universalidad? ¿Hay, de veras, conflictos entre estos términos que don Miguel quiere contradictorios? No. Era tu duda, hombre Unamuno, como tú quieres ser, era tu tragedia, tu pungente tragedia, la de tu alma que, al desnudarla de la fe que de labios maternos aprendieras, quedó expuesta y sin defensa a todos los vendavales de la vida, de la razón, del sentimiento. Esa duda nació, como Minerva de la cabeza de Júpiter, de

tu propia razón, que no quería admitir otra que las suyas ni más fe que la por él querida y creada, aunque una y otra vez volviera en busca de aquella con trágica acucia, con anheloso deseo. ¿Pero mi duda como centro de toda mi vida? No. Será y es, tal vez, cierto que «en un escondrijo, el más recóndito del espíritu, sin saberlo acaso el mismo que cree estar convencido de que con la muerte acaba para siempre su conciencia personal... en aquel escondrijo le queda una sombra de sombra de incertidumbre... que le dice «¡quien sabe!...» ¿Acaso la oyó él mismo? Tal vez nace de aquí su temor, su duda, y de su duda ese furioso y pungente anhelo de inmortalidad. Y si a veces hay «...en un repliegue del alma del creyente que guarde más fe en la vida futura... una voz tapada, voz de incertidumbre, que le cuchichea al oído espiritual ¡quien sabe!», hay también una voluntad de creer que se equivoca, de no dejarse vencer por esa incertidumbre. Pero tiene razón el hombre Unamuno. Duda fué lo que perdió a Paulo, el ermitaño de Tirso de Molina. Fué esa voz tapada, voz de incertidumbre que le repetía una y otra vez ¡quien sabe! la que le perdió, porque, fijate bien, lector, que Paulo se condenó por escucharla, por creerla, no por desconfiado ¿y no surge la duda, trágicamente aterradora, de aquella taza del desesperado Antero de Quental, como él nos dice en su soneto? Y ese ¡quien sabe! de Unamuno —¡quien sabe, también, cuántas veces la oíría él llamar a las puertas de su alma!—, resuena con trágico eco en la conciencia del creyente y como rayo esperanzador, o aterrador, en la del increyente.

Pero don Miguel quiere librarse de ese ¡quien sabe! que le atormenta el corazón y la vida, y en un esfuerzo desesperado clama a Dios con el padre del parálitico-padre él mismo de la parálisis de su fe: «¡Creo Señor, socorre a mi incredulidad!». Porque él quiere también creer, y tener sentimiento de esa creencia para descansar. Y este descanso nos dice él mismo que no se lo puede dar la razón, que no le proporciona la fe que busca, esa fe que, por irracional, es cosa de voluntad, aunque después diga que «sólo es de veras inteligible, lo racional», y digo yo que sólo es querido, con verdadera voluntad de querer lo que es de veras conocido, *inteligido*, a pesar de Unamuno, que tenía que razonar para hacernos entender su duda y su problema de la inmortalidad.

Y henos ya en el meollo del gran drama unamuniano, la inmortalidad. ¿O sería mejor decir «pervivencia», o «sobrevida»? ¿Es la inmortalidad que nosotros creemos, la del alma que espera la resurrección fiada en Cristo, y que convirtió a San Pedro, y que a veces anima y esperanza a Unamuno como él grita, más que dice, o es el temor a morir, al dejar de ser físico sin más después de la muerte, temor a que todo se reduzca a mera «aquendidad»? Yo no dudo de *mi* inmortalidad; creo en ella—creer es tanto un acto de razón como de voluntad—, porque la siento, y porque Dios no puede poner en mí deseos que no tengan justificación.

Dice en su novela de don Sandalio que el problema más hondo de nuestra vida es un problema de *personalidad*, de ser o no ser, y que sólo alcanzará la inmortalidad aquél que de veras la desee, quien

trágicamente la anhele en un acuciador y angustioso tender la voluntad y la vida a ese *per-vivir* que se desea y se espera.

Pero ni aun esto le satisface; necesita algo, persona o fuerza, conciencia *ex-sistente* de él mismo que garantice su inmortalidad. Y comienza a crear un Dios, hechura suya y sólo para él valedero, que le abra las puertas de la inmortalidad; y lo crea porque lo necesita, porque sin él su deseo de eternidad sería vacío y nulo. Entonces es cuando nos habla del amor y de la conciencia, y de aquello de que el amor es compasión, para decirme luego: «...Y cuando el amor es tan grande y tan vivo, y tan fuerte y tan desbordante que lo ama todo, entonces lo personaliza todo, y descubre que el total Todo, que el Universo, es Persona también que tiene una Conciencia..., que es a lo que llamamos Dios; y luego: «Personalizamos el Todo para salvarnos de la nada», de lo que saca la aniquiladora conclusión que nosotros somos idea de esa «Conciencia» universal; y siendo así, «Después que yo haya muerto, Dios, el suyo, claro, seguirá recordándome y el ser yo por Dios recordado, el ser mi conciencia mantenida por la Conciencia Suprema, ¿no es acaso ser?».

—¿Pero lo crees de veras así, tú, hombre Unamuno, carne y sangre y huesos Unamuno? ¿Tú, capaz de desvanecerte para enriquecer esa Conciencia infinita y eterna, tú ser alimento del Alma universal, ser su comida? Ya he leído antes que sería «un supremo, dolorosísimo y desgarrador sacrificio», al que te empuja tu anhelo de salvar tu conciencia, de dar finalidad personal y humana al Universo, esa finalidad que el Universo ya tiene, porque yo sé que se la dió la Redención de Dios hecho Hombre, precisamente para garantizar esa *sobre-vivencia*, esa *per-vida* que tú torturadamente buscas. Para encontrarla en una *Conciencia del Universo*. ¿Pero es que tú no quieres ser tú, hombre concreto, hombre Unamuno—repito—, y no pensador Unamuno, y ahora te conformas con ser algo que se anega y desaparece en ese todo despersonalizador y desinmortalizador tuyo? Porque si tú, si yo enriquecemos esa conciencia, alimentamos a esa alma universal, ¿dónde quedamos como hombre yo, como hombre tú? Pides pasión, pides carne y sangre y huesos filosofando, sintiendo, deseando esa inmortalidad como tú haces, y con mi carne y mi sangre y vida toda te grito yo, YO, que eso no me satisface, que yo quiero ser yo-mismo, y no yo-otro, no una idea de otro ser, ni sueño suyo, ni su conciencia. Porque entonces sería suya la mía, y mi voluntad y mi ser todo no sería yo sino él, yo en él pero despersonalizado, como idea y como sombra de su pensamiento. Y yo, sólo fantasma aparenicial, sombra de un sueño que se desvanece sin realidad ni entidad ninguna.

Sigue don Miguel contándonos su *agonía*, su lucha de él consigo mismo, queriendo convencer de lo que en el más íntimo pliegue de su conciencia oye dudar, con aquel ¡quién sabe! estremecedor de que nos habló. Y vuelve su afán obsesivo, como un dramático y martirizador ritornello, a plantear su angustiosa duda, su torturador anhelo. «Y la fe en Dios no estriba... sino en la necesidad vital de dar finalidad a la existencia». ¿Y de dónde nace en nosotros esta finali-

dad? Y siendo nuestra inmortalización, como Unamuno asegura, esta finalidad, ¿quién nos garantiza que no sea un Dios aparential y fantasmagórico, nacido sólo de nuestro deseo, y sin garantía alguna existencial o, mejor dicho, *seyente*? Claro que creo y quiero que Dios, mi Dios, el de mi Religión Católica, Apostólica, Romana es un salvador y realizador de mi inmortalidad; pero porque es un *ens realissimum, ex-istente* de mí y no *in-sistente*, puesto que fuera de mí es y yo no lo creo ni le doy el ser. ¡Ah! Es que de otro modo yo no lo comprendo. Yo no puedo tener seguro que se verificará ese mi anhelo de inmortalidad, si para su realización fío en un ser creado por mi deseo, al cual sólo puedo imaginármelo «en la lontananza del Universo, como algo vago y fantasmal». Yo no puedo, ni quiero, conformarme con ese Dios, abstracción sin más realidad valedera de la que le presta la fantasía de Unamuno, del hombre Unamuno que clama por el hombre concreto, de carne y hueso. Y no me conformo, porque este mismo pueblo del que dice Unamuno que no quiere morir y por eso cree en el Cristo que resucitó de entre los muertos, ese mismo pueblo, repito, dice que «quien tiene hambre con pan sueña», pero no por eso se satisface su hambre, sino comiendo ese pan que se palpa y se huele, fuera de todos sus deseos y de todos sus sueños. Y a ese Dios se refiere Unamuno—y aquí ya se pone en camino de la verdadera inmortalidad—, cuando nos dice en un angustioso esfuerzo de dar paz a su inquietud: «y desear unirnos con Dios no es perdernos y anegarnos en él; que perderse y anegarse es ir a deshacerse en el sueño sin ensueños del nirvana».

* * *

Pero ya va siendo ocasión de terminar este ensayo, aunque no quisiera hacerlo sin sugerir lo fecundo que sería someter el pensamiento de Unamuno en esta obra a la formulación filosófica del «como si», como el señor Maldonado hizo con el pensamiento ignaciano. Encontraríamos entonces estas formulaciones enormemente sugeridoras. Unamuno crea la duda y el deseo de su inmortalidad, como si tal inmortalidad no existiera; y «creer en Dios, ante todo y sobre todo, es querer querer que lo haya», como si no lo hubiera. Además, ya en el anteúltimo ensayo hay una explicitación del *como si* que palpita por debajo de todo su libro; «obra como si hubieses de morir mañana, pero para sobrevivir y eternizarte» (*como si* de ti dependiera la inmortalización, podía añadirse).

Y aquí termino este monólogo-diálogo sobre la Agonía unamuniana. Más que crítica, sólo he querido dialogar con Unamuno, yo hombre con el hombre Unamuno, mi carne y mi sangre y mis huesos contra la carne y la sangre y los huesos de don Miguel; mi pasión agónica y agonizante contra la suya, porque no otra respuesta posible tienen sus gritos desmesurados, como de sobre-hombre que pretende sostener el cielo sobre sus hombros.

Al cabo, algo ha quedado de sus gritos, de sus voces angustiadas, pedidoras de inmortalidad. A lo menos, su nombre le sobrevive y

vive entre nosotros, en nosotros in-siste, y resuena aún el eco de su voz entre las doradas piedras de esta Salamanca tan suya, que

Cuando el sol al acostarse enciende
el oro secular que la recama
con su lenguaje, de lo eterno heraldo,
dice que ha sido.

VÍCTOR GERARDO GARCIA CAMINO



UNA ANTOLOGIA DE POETAS CACEREÑOS DEL SIGLO XX

Ha surgido, en la tertulia literaria que lleva el nombre de esta Revista, la idea de editar una antología en la que se recoja el movimiento poético de Cáceres y su provincia. Podrán, así, salvarse del olvido muchos estimables poetas que, por no disponer de medios difusores de su obra, o que, a lo sumo, la dan a conocer en periódicos, revistas o guías de festejos de escasa vida, iban a ser desconocidos para las futuras generaciones.

En este volumen que se proyecta podrán figurar todos aquellos que, haciendo—o habiendo hecho, si ya fallecieron, en cuyo caso este ruego va para sus deudos—una meritoria labor, quisieran enviar varias composiciones, juntamente con unas líneas de nota biográfica.

Se ha previsto el caso de poetas que, residiendo en la capital o su provincia, no hayan nacido en ellas, para lo que se incluirá un apéndice.

Los originales pueden enviarse bien a la dirección de esta Revista o a don Valeriano Gutiérrez Macías, General Margallo, 96, Cáceres, y encargamos la mayor premura en su envío, para abreviar en lo posible los trabajos de selección.